

Regresa Algeria

Bernardo Ruiz

EL ÚNICO RECALDO EN LA GRABADORA del teléfono era de la agencia de viajes. Tenían listo mi boleto a Oaxaca para el día siguiente: un empleado de la empresa me iba a esperar a las 8:30 a.m. en el mostrador de Mexicana y me ayudaría con la compleja revisión de los pasajeros. Bastó escuchar el mensaje para que se desataran algunos recuerdos de diversas épocas de mi vida.

Recordé los días en que estaba por cumplir 19 años y leía el *Amadís*, con la resonancia del nombre de Urganda la desconocida, que evocaba una magia, una mujer y un hechizo sin fin, inexplorable o inaccesible, y ésa era su belleza.

Recordé las tardes de pláticas en la casa de Gerardo de la Torre, allá en Vértiz, su Narvarte querida, años después, cuando mi amigo planeaba una novela donde todas las mujeres se llamaban como continentes, y no me atreví a sugerirle —porque no se me ocurrió— que alguna se llamara Atlántida, porque siempre hay una Atlántida en nuestras vidas, tal vez colindante con una Urganda; o alguna que, como Algeria, hubiera vivido en la calle Viena.

Otras veces prefería mentirle: “Es inabarcable un continente, o el país al que uno pertenece, o la propia ciudad. . . En especial cuando su nombre es el de una mujer”. En ocasiones, categórico, lo mal aconsejaba: “Toda mujer fascinante es un país cuyo sello deseamos en nuestro pasaporte”. Recuerdo.

Estremecía, sin embargo, que la idea original de Gerardo de la Torre se refiriera a un *mapamundi* fatal: una serie de mujeres que serían cazadas por un asesino en serie. No había motivo de alarma —*in illo tempore*— de que fuera a ocurrir una situación semejante en México. A su personaje le gustaba “dejarlas tiradas como si fuera el fumigador femenino de la colonia”.

—Es un mero divertimento —insistía—, son situaciones absurdas, casi inverosímiles. Vamos —confesaba al fin—, son solamente mis asignaturas pendientes.

Asignatura pendiente. Mera frase en boga a partir de una buena película españolá. Pero no fuera a ser la de malas: yo le daba la bendición a doña Paz, la nonagenaria señora asistente de Gerardo, cuando me iba. Ella era parte de la geografía de mi amigo:

—Adiós, doña Paz, B.C., México —le guiñaba el ojo cuando me despedía y me preguntaba si era una asignatura pendiente de mi amigo.

Así, de los toponímicos he transitado hacia la belleza: esa perfección donde el universo conjuga un misterio estético que nos estremece y anhelamos con diverso grado, desde la mera contemplación hasta el ansia de su posesión. El descubrimiento y conquista de una tierra ignota. Como los territorios de Calafia.

Por ese entonces, principios de 2002, algunas de mis tardes sucedían en el Niza, con dos o tres de mis antiguos alumnos o con algún colega, y una buena cerveza fría. El resto de mis días se iban en cursos en alguna ciudad provinciana, en escribir mis memorias, en leer a uno que otro clásico —de esos que hoy tienden a soslayarse— y a escritores que triunfaron en el curso del pasado siglo: preferentemente extranjeros, ya que en la revista de la universidad donde trabajé y en las secciones culturales de las que fui colaborador, conocí y evalué a cuanto escritor mexicano o “radicado en México” —como especifican las convocatorias de los concursos literarios— publicó algún título en los últimos 32 años. Una vida más envidiable, lo sé, que la de un jubilado.



Discurría de este modo en mi soledad de cincuentón —en el abandono propio de los hombres con una vida aparentemente resuelta: hijos casados; nietos en fugaz visita sabatina o dominical; mujer fantasmal ocupada del negocio familiar y de la vigilancia de las nueras, cuando supe por el diario que Algeria daría una conferencia en Oaxaca.

Algeria, debo confesar, fue mi primer amor: un amor precoz, platónico. Yo no tenía más de quince años y estudiaba el último año de la secundaria cuando la conocí en la plaza central de San Miguel Allende, mi ciudad natal. Ella estaba en la banca de hierro frente a las puertas de la iglesia, en el jardín central: hermosa y lejana como una luna de Júpiter, con una tristeza notable. Me compadecí de su ánimo. Sin pensar, le compré un helado de chocolate, se lo llevé y ofrecí.

—Tenga, señorita, para que se le apague la tristeza —le dije—, para que no se ponga fea la tarde al contemplarla.

Quienes lo han vivido comprenden el significado de lo que estas líneas resumen: un primer encuentro afortunado, una tarde de sábado y después un domingo que se deslizó con rapidez entre fachadas de piedra, el viento y los paseos por las calles de San Miguel, tras confidencias discretas por parte de Algeria, una educadora enredada en un nudo de acontecimientos

dolorosos cuyas heridas lastimaban a una joven acostumbrada a que el mundo fuera menos agresivo con ella.

Su antiguo pretendiente había roto el compromiso con Algeria apenas una semana antes. La prima a la que visitaba, de su edad, 22 años, acababa de perder a su segundo hijo. Había planes para cerrar el jardín de niños donde ella trabajaba a causa de un desacuerdo entre los herederos de la antigua dueña, ahora difunta. El lamento concluía ante el escenario del futuro clausurado: Algeria quería seguir estudiando. Presentó el examen de admisión en la universidad para la carrera de letras. Fue rechazada. Durante la comida, aquel sábado, su madre llamó para comentarle la mala noticia.

—Soy una perdedora —afirmó con el tono de quien espera su turno para el cadalso.

—Una mujer inteligente y hermosa jamás fracasa —sentenció con una frase de mi pícaro abuelo. Como mi comentario pareciera sorprenderla, continué con la iniciativa de quien tiene pocas ideas y menos palabras, aunque quizá bien puestas (o será que compraba cerillos Talismán, con horóscopos, para encender mis primeros cigarrillos)—: puede sufrir reveses, pero si no se deja vencer, triunfará.

Se quedó pensando, emocionada; de pronto, tras unos pasos, me besó rápidamente en la mejilla, se sonrojó, se disculpó y de nuevo anduvimos en silencio contemplando la caída de la tarde: Algeria encontraba argumentos para luchar contra el aparente torbellino que la asfixiaba. Y yo descubría en mí un secreto poder para lograr que una bella mujer caminara a mi lado un par de tardes, un fin de semana que no he olvidado.

Estos breves encuentros se sucedieron unos días durante el resto de su estancia. Luego la vi partir.

*

Es altiva como las montañas de la patria que le dio su nombre.
Su belleza tiene la ondulación de los desiertos algerinos.

Algeria mira con el destello de la noche de sus ojos,
insondable, secreta magia de su continente,
desde su lejanía majestuosa domina los corazones.

Me apasionó la constante evocación de Algeria. Escribí versos horribles en un cuaderno y le mandé cartas insulsas, tímidas, semanales, sólo con el deseo de que de alguna manera no me olvidara.

En ocasiones, recibía una postal: el Palacio de Bellas Artes, la Latinoamericana, el Ángel, la Biblioteca Central, el Castillo de Chapultepec, el monumento a Cuauhtémoc, el obelisco de Obregón, los murales de Rivera en Pala-

cio... de Siqueiros, y alguna frase breve de por qué le gustaban o cómo le gustaría enseñármelos. Aquel encuentro adolescente, como ocurre con frecuencia a esa edad, me cambió la vida: decidí irme a México para estudiar la preparatoria, para estar cerca de las calles y lugares donde vivía.

Sus cartas, más espaciadas que las mías, comentaban sus lecturas, algo de los cursos especiales a los que se había inscrito: francés, historia del arte; su total alejamiento de fiestas, su fortalecida soledad. “Quiero ser como Rosario Castellanos”, escribía. “Me interesa Simone de Beauvoir. Apasiona la integridad de su carácter.” “Un fuerte abrazo y mi cariño para el joven Castor”, se despedía de mí en ocasiones.

Algeria me cambió la vida. Sin proponérselo, para mejor comprenderla, me dediqué a averiguar todo lo que se podía saber acerca de los personajes y de los lugares que mencionaba. Compré libros y revistas para ilustrarme respecto a las lecturas y la historia de la ciudad de Algeria, y a tratar de aprender lo que ella, seguramente, sabía y estaba aprendiendo; porque, efectivamente, Algeria aprobó el siguiente año el examen de admisión en letras. Para festejarlo, se fue a Europa por unos días.

Las grandes historias de amor suelen ser fatales. Esta no. Coincidió esos veintiún días de su ausencia con mi llegada a la ciudad de México, con mi examen de admisión, con la búsqueda de un lugar dónde hospedarme y con la pasión del descubrimiento de una urbe inmensa, inagotable, cosmopolita. Uno podía perderse horas en cualquier barrio o colonia. O disolverse y destruirse; encontrar paraísos de todo orden en aquella metrópoli. Mas la ebriedad de mis descubrimientos no saciaba el vacío que aquel escenario magnífico padecía sin la estrella que debía iluminar ese escenario. Por ello no le di demasiada importancia al sobre con mi nombre y mi destino: estaba aceptado en la preparatoria de la UNAM.

La ciudad se volvió para mí mero espejismo de las imágenes y palabras con que Algeria me compartió su imperio. Por otro lado, necesitaba encontrar un trabajo, ayudar a mi familia en los gastos de mi educación y concentrarme en mi vida. Seguir adelante, como si yo fuera un joven inteligente, ya que no hermoso, que no debía fracasar.

Tuve suerte. La administradora de la casa de huéspedes me envió con una pariente suya que necesitaba un mesero en su fonda del centro. En la fonda conocí a un escritor y periodista, cliente habitual, a quien le llamó la atención mi interés por los libros y la lectura. Me llevó con él, al poco tiempo, para ayudarlo en su suplemento en *El Día*. El maestro Rejano.

Habían pasado las semanas y los meses, yo estaba ya en la prepa 2 y Algeria no había vuelto. De San Miguel me

enviaron, tiempo después, un par de postales europeas. La última prometía una carta donde Algeria reseñaba por qué se había concedido un nuevo destino: otra universidad, una existencia “como nunca soñé”, escribía. En realidad, ese fue el último mensaje que recibí de Algeria.

Alguna tarde, en el Cabo Finisterre, meses después, me animé a contar mi decepción al maestro Rejano.

—Curioso, acompáñeme de regreso, vivo a la vuelta de la casa de su amiga —sugirió.

Fuimos. De la puerta colgaba un crespón de luto. Oscuridad. Un letrero de una agencia de bienes raíces avisaba: “Se vende”. Una casa vacía. Y en mí la sensación de ser esa casa. Me derrumbé.

Solidario, el maestro soportó aquella noche mi tristeza en un bar del que he olvidado la dirección y el nombre. Y la víspera de navidad me regaló esta vieja edición del *Amadís*, tan antigua, a la que le atribuíamos la virtud de ser la que enloqueció al Quijote.

Luego los meses de estudio y trabajo como senda de consolación paulatina. Y ese instante que evoco ahora con una magia propia. Surge ligero estremecimiento que sé reconocer desde que lo aprendí en un vestíbulo de San Miguel de Allende: allá, donde vuelve a abordar el autobús Algeria, en la estación; es la noche del domingo, y me despido de ella para los siguientes cuarenta años. La veo subir. Firme, segura, dice adiós con mirada decidida: vencerá todo obstáculo.

Cuando en ocasiones me han engañado los sentidos y he creído distinguirla, ese golpe de corazón afirma: “Regresa Algeria”. Pero no. Mera ilusión. Ensueño. Extraña cicatriz reabierto en la memoria. Un ligero sismo de la geología de la pasión.

En el diario, hace un par de días, el programa cultural de las fiestas de Oaxaca anunció a Algeria: “Conferencia magistral sobre el arte micénico y su afinidad con el arte de Uxmal”. Y, sin pensarlo, con entusiasmo adolescente, encargué el boleto con el que remontaría mi destino.

Amanece. Llega el taxi. Asciendo. Me acomodo (¿Podré mencionar lo no dicho, lo no vivido, lo anhelado?)

—Vamos a la calle Viena —ordeno.

Y me engaño diciendo que hay tiempo, que en esta ocasión sí la alcanzaré. •

BERNARDO RUIZ es narrador, poeta, traductor y editor. Fue director de Difusión Cultural de la UAM. Entre sus libros destacan la novela *Olvidar tu nombre* (1985) y el poemario *El tuyo, el mismo* (1986). Ha traducido a Lovecraft, Apollinaire, Joyce, Rilke, entre otros.